

# EL PROBLEMA DE “LO NUESTRO”

Mario Mendoza Z.

*Departamento de Arte*

## EL LADO OSCURO DE LA REALIDAD

*“Todo induce a creer que existe cierto punto del espíritu desde el cual la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, lo pasado y lo futuro, lo comunicable y lo incommunicable, lo alto y lo bajo dejan de ser percibidos contradictoriamente”.*

*André Breton*

En el prólogo que Borges escribió a *Crónicas Marcianas* de Ray Bradbury, nos sorprende una de esas afirmaciones geniales que caracterizaron al escritor argentino. Dice así: “Toda literatura (me a trevo a contestar) es simbólica; hay unas pocas experiencias fundamentales y es indiferente que un escritor, para transmitir las, recurra a lo ‘fantástico’ a lo ‘real’, a Macbeth o a Raskolnikov, a la invasión de Bélgica en agosto de 1914 o a una invasión de Marte” (1). Pero no se trata solamente de clarificar que tanto la literatura “realista” como la “fantástica” apuntan ambas a una verdad esencial, sino que el concepto de “realidad” en literatura, y en arte en general, designa un terri-

torio mucho más amplio de lo que comúnmente se entiende. En *La orgía perpetua*, Vargas Llosa afirma que en las lecturas que ha hecho de *Madame Bovary* de Flaubert, siempre ha salido purificado de ciertas ideas autodestructoras que lo habitan. La escena preferida por Vargas Llosa para este proceso catártico es la del suicidio de Emma Bovary. “Es impagable la ayuda que me prestó, en ese período difícil, la historia de Emma, o, mejor dicho, la muerte de Emma. Recuerdo haber leído en esos días, con angustiada avidez,

(1) Ray Bradbury, *Crónicas Marcianas*. Bogotá: Circulo de Lectores, 1976.

el episodio de su suicidio, haber acudido a esa lectura como otros, en circunstancias parecidas, recurren al cura, la borrachera o la morfina, y haber extraído cada vez, de esas páginas desgarradoras, consuelo y equilibrio, repugnancia del caos, gusto por la vida (...) Emma se mataba para que yo viviera" (2). De esta manera el personaje Emma Bovary se vuelve más real que las personas con las que Vargas Llosa convivía por aquella época. Le debe más a ella que a cualquiera de los conocidos de entonces. Es así como no existe una frontera delimitada entre la biblioteca y la vida. No es menos real la página que leemos que la calle por la que deambulamos; todo depende del nivel de intimidad que alcancen dentro de nosotros. Así, el arte y la vida coexisten en un mismo plano, y lo "real" involucra tanto lo empírico como lo imaginario.

Pero este problema de trasladar el episteme de las ciencias a la literatura y el arte, ha desembocado en un segundo problema que en América Latina tiene actualmente plena vigencia: el concepto "lo nuestro" o "lo propio". En los últimos dos siglos, el desarrollo de esta confusión es diáfano.

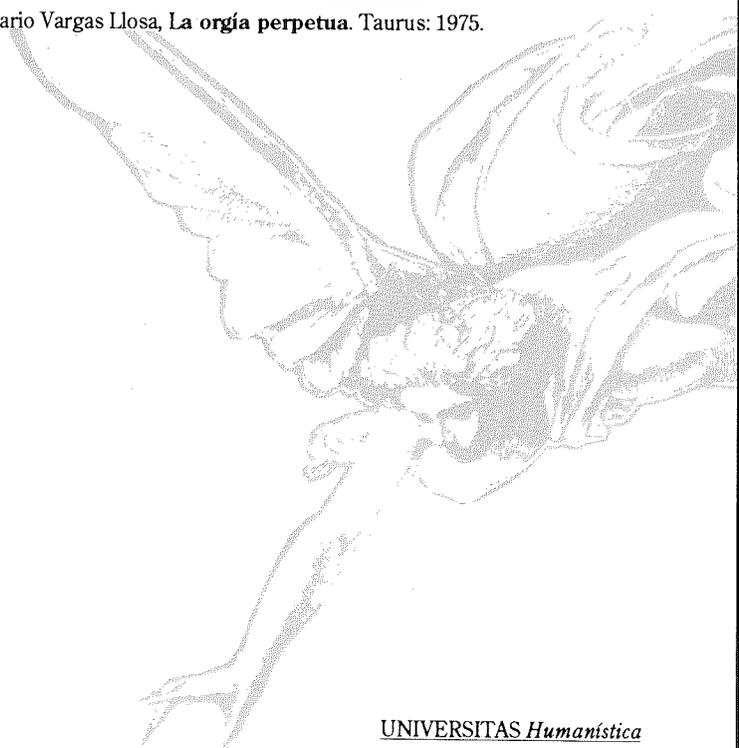
El Romanticismo, en contraposición al Neoclasicismo del siglo XVIII, buscó en la introspección, en los sueños, en el mito, en la irracionalidad, nuevos derroteros para la cultura. Pero los realistas de mediados del siglo XIX consideraron que semejante postura había producido un exceso de introspección. La famosa Estética de la Observación, promulgada por los realistas franceses como Flaubert y Maupassant, buscaba precisamente el camino de regreso a la realidad palpable por los sentidos. Se le exige al escritor en esta época que se comprometa con su presente y sus contemporáneos. Cualquier señal de aislamiento de la inmediatez es censurada y atacada. El artista debe ser un testigo fiel de su tiempo, y en efecto, la crisis política de 1848 y la guerra francoprusiana de 1870, van a ser dos de los momentos claves de este movimiento.

El 1º de septiembre de 1939, Hitler se toma Renania dando origen a la Segunda Guerra. El momento de apogeo de las vanguardias y del Surrealismo ha pasado. Después de la rendición

del Japón en 1945, las tesis de Flaubert y de los realistas del XIX van a ser tomadas de nuevo por Camus, Pavese, la Beauvoir, y principalmente por Sartre en su revista "Tiempos Modernos". Esto es, una vez más se le exige al artista un compromiso con su realidad inmediata y se cree que la literatura y el arte no sólo deben estar al servicio de esa realidad, sino que deben convertirse en su espejo más fiel, revelando sus atrocidades e injusticias. E igual que cien años antes, cualquier brote de literatura fantástica o de ciencia ficción es catalogado como "sospechoso" y se le imputa el anatema "evasión", a manera de insulto. Podríamos recordar al respecto el prólogo escrito por Julio C. Acerete a *Veinte mil leguas de viajes submarinos*, en que se le critica a Verne la falta de una dialéctica y de una "praxis histórico-existencial". Acerete, creyéndose acaso un crítico audaz, llega a afirmar: "Y es que Julio Verne fue seguramente un 'cadáver histórico' desde el momento en que se dejó mecer complacido por la ilusión que le proporcionaban los relatos marineros" (3).

En América Latina esta corriente de pensamiento ha sido casi una constante, pero podríamos subrayar dos hitos importantes: la novela de la tierra de los años veinte y la "literatura comprometida" de los años sesenta. La primera obedece a una respuesta de los escritores de la época a la Revolución Mexicana de 1910. Se le llama también Realismo Cerrado por su escritura mecanicista de causa-efecto con des-

(2) Mario Vargas Llosa, *La orgía perpetua*. Taurus: 1975.



tinios literarios predeterminados ideológicamente; es un tipo de novela de un maniqueísmo aberrante donde los buenos hacían parte de las clases sociales menos privilegiadas, y donde los malos eran los aristócratas o los terratenientes. Por ende, los buenos eran los que defendían los derechos de los indígenas, los campesinos y los obreros, y los malos los que se identificaban con el segundo bando. Y en los años sesenta, como producto de la Revolución Cubana y de la poderosa influencia de Sartre, vuelve una vez más a presentarse ese regionalismo a ultranza. En consecuencia, la crítica fanática de izquierda se atreve incluso a condenar a autores de la talla de Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, tildándolos de “traidores a la revolución” y disparates semejantes.

Entonces, ¿dónde radica el problema? En creer que el concepto de realidad que pueden tener las ciencias humanas o las ciencias exactas, es el mismo que tienen la literatura y el arte. “Lo nuestro” o “lo propio”, que son conceptos relativamente claros para sociólogos, agrónomos o folcloristas, no lo son tanto para los escritores, los artistas, o aquellos en general que están cercanos a estas disciplinas. ¿Por qué? Porque es inevitable sabernos, al menos momentáneamente, como los personajes de Joyce o de Kafka, y encontrar en ellos las huellas más profundas de **nuestro** propio ser. Porque hay epifanías, instantes de apariciones súbitas (no necesariamente religiosas), en las cuales las preguntas de Hamlet son **nuestras** preguntas. Porque la historia de Fernando Vidal Olmos es también **nuestra** historia, porque el recorrido interior de Hans Castorp no está lejos de **nuestro** propio recorrido, porque los descubrimientos de Darley nos dan luces sobre el cúmulo de **nuestras** experiencias y nos ayudan a transformarlas. En suma, porque el papel que juegan los libros y las obras de arte en nuestra vida, como en el caso de Vargas Llosa con Emma Bovary, es más puntual y meridiano de lo que el vulgo considera. Para nosotros “lo nuestro” puede ser, sí, los niños muriéndose de hambre, pero también los arlequines de Picasso; los sicarios de Medellín, sí, pero también la soledad de los personajes de Stefan Zweig; la incertidumbre política de América Latina, sí, pero también los paisajes estelares de Bradbury. Para nosotros vivir, leer, escribir, pintar o esculpir no son diferentes. Las páginas, los colores, las formas, y los días, son inseparables. El arte y la vida no son dos segmentos polarizados: son dos vectores, dos desplazamientos que se entrecruzan y se enriquecen mutuamente, y que en ese acto de cruzarse recobran su amistad ancestral. El arte: un vector sediento de acción. La vida: un vector sediento de imagen.

## LA VIRTUD DE LA NO IDENTIDAD

*"Un devenir para aquel que sabe no ser nadie, ya no ser nadie. Se ha pintado gris sobre gris".  
Gilles Deleuze.*

Este año de la celebración de los 500 años del Descubrimiento, y muy en relación con el punto tratado anteriormente, se hace énfasis en el problema de la identidad latinoamericana. Aunque no estaría demás evocar la broma de Joyce con respecto al Descubrimiento: "Como todos sabemos, Cristóbal Colón ha sido honrado por la posteridad debido a que fue el último que descubrió América" (4). En efecto, Joyce se refiere en este artículo al viaje de San Brendan, quien, desde la isla Aranmor, llamada también Inishmore, emprende un viaje con doce monjes más en una embarcación forrada con cuero y arriba a América casi mil años antes que Colón y cuatrocientos antes que los vikingos. Dice Eduardo Lizalde: "Y para mayor consuelo de Joyce, el continente descubierto nunca se llamó Brendania, pero tampoco se llamó Colonia, sino injustamente América" (5).

Pero el problema de la identidad ha preocupado no sólo a los latinoamericanos; varios pensadores y artistas norteamericanos se han hecho durante los últimos doscientos años las mismas preguntas. Entre éstos se encuentra Edgar Poe, escritor de comienzos del siglo XIX. En muchos de sus artículos políticos luchó abiertamente porque su país llevara un nombre indígena, no sólo para honrar al pueblo aborigen, que había sido "despojado, asesinado y deshonrado despiadadamente" (6), sino porque era la única forma de comenzar a romper una identidad que hasta el momento seguía compartiéndose con los europeos. No había estadounidenses como tal: lo único que había era ingleses allá, en Europa, e ingleses acá, en el Nuevo Continente. Poe expone claramente esta angustiada división en el relato *William Wilson*. Veamos la explicación que hace Manuel Hernández sobre la génesis de este texto:

"Imaginémonos a Poe con las rentas del señor Allan yendo a vivir a Londres. Con su estupenda figura y su fama bien merecida de nadador se entrega al horror de vivir allá de donde él viene. Allá de donde él vino. Este acercamiento de los horizontes, este estar simultáneamente a ambos lados del Atlántico, produjo una dimensión de cera impresa en la sensibilidad excesiva del poeta" (7)

Es así como Edgar Poe concibió la identidad: como, al menos, una duplicidad inicial (8). Recordemos que incluso en su única novela crea un doble para sí mismo y decide llamarse Arthur Gordon Pym (obsérvese la semejanza de sonoridad con el nombre Edgar Allan Poe) (9).

En América Latina ya ha sido percibida esta escisión. Borges, acerca del aprendizaje de uno de esos idiomas lejanos que tanto le agradaban, escribe:

"Yo pensaba: estoy volviendo al idioma que hablaban mis mayores hace cincuenta generaciones; estoy volviendo a ese idioma, estoy recuperándolo. No es la primera vez que lo uso; cuando yo tenía otros nombres, yo hablé este idioma" (10). Nosotros, los latinoamericanos, como William Wilson, estamos también de este lado y del otro del océano. Carlos Fuentes es quizá el autor que más ha trabajado sobre este asunto (11). Varias de sus novelas y ensayos se refieren directamente a nuestra pluralidad cultural. En *Aura*, por ejemplo, Felipe Montero, el protagonista, es un hombre que está en América, y su doble, Llorente, pertenece a Europa. Ambos personajes conforman la identidad, y, paradójicamente, Montero se encuentra escribiendo una obra sobre la conquista de América, es decir, una obra en donde sus antiguos ascendientes, los europeos,

(3) Julio Verne, *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Bruguera: 1974.

(4) Citado en: Eduardo Lizalde, "Joyce, visión irlandesa del descubrimiento de América", *Magazín Dominical de El Espectador*, Bogotá, N° 359, p. 3.

(5) *Ibid.*, p. 5.

(6) Edgar Poe, *Ensayos y Críticas*. Madrid: Alianza, 1984, p. 282.

(7) Manuel Hernández, "El espejo", *Correo de los Andes*, N° 34-35, (octubre-diciembre, 1985), p. 133.

(8) Véase Raymond Bayer, *Historia de la Estética*. México: F.C.E., 1985, p. 375.

(9) El prefacio de la obra muestra con claridad esta parcelación. Edgar Poe, *Las aventuras de Arthur Gordon Pym*. Madrid: Alianza, 1981.

(10) Jorge Luis Borges, *Siete Noches*. México: F.C.E., 1981, p. 151.

(11) Fuentes ha escrito en los últimos años diversos artículos que giran en torno a esta problemática y que han sido publicados aquí en nuestro país por el *Magazín Dominical de El Espectador*.

viajaron desde allá para colonizar acá a sus otros ascendientes, las tribus precolombinas.

Si sumamos a los europeos el pueblo negro llegado de África y algunas migraciones como las de los Mares del Sur, la identidad latinoamericana se relativiza hasta el límite. Pero antes de ser esto un problema o un obstáculo, es nuestra gran ventaja, nuestra virtud, nuestra (hasta ahora) mal aprovechada libertad. Somos universales en el sentido total del término. Nos apropiamos de todos los discursos sin importar su procedencia, porque estamos unidos a ellos directamente. Sin ser eurocentristas, podemos ser cosmopolitas, ciudadanos del cosmos. En cambio el europeo, precisamente por el peso de su identidad (de la cual desean ahora despojarse para lograr eso que nosotros ya tenemos) y de su historia, no puede ser universal. Cuando se acerca a otra cultura lo hace con el lente de lo exótico; no está ligado a ella en su intimidad. En tal sentido el filósofo italiano Gianni Vattimo percibe en Europa a España como un territorio privilegiado:

“Lo que quiero decir es que no estoy del todo seguro de que los rasgos (plausiblemente) posmodernos de la actual sociedad y culturas españolas estén sólo vinculados a su experiencia política, a la vitalidad de su economía, a cualquier otro factor de los específicamente sociológicos, pues creo que se debe contar además con un elemento **étnico**, entendido en sentido amplio” (12).

En este panorama, claro está, Vattimo considera que América Latina, por sus características especiales, es uno de los territorios donde la posmodernidad está llamada a madurar:

“Si lo moderno estuvo guiado por las culturas anglosajonas, ¿no podría la posmodernidad ser la época de las culturas latinas? (...) Y si a estas sugerencias se añade el peso que un subcontinente como la América Latina parece estar destinado a tener en la historia de nuestro futuro inmediato, todo este discurso sobre el posible acento latino de la posmodernidad, el que podría

depararle una fortuna cercana, puede empezar a resultar mucho menos arbitrario” (13).

De esta forma, en lugar de querer definir una posible identidad latinoamericana (mimesis eurocentrista, deseo de ser como los europeos), deberíamos, jovialmente, aperebirnos de las ventajas que nuestra pluralidad nos otorga, observar con minucia el sufrimiento humano e intelectual del europeo por los lastres de su historia (y su deseo ya de superar el peso de esa identidad), y no cegarnos ante los riesgos y dificultades que supone el asumir a fondo esa responsabilidad.

América Latina, por fortuna, habita en el fondo de una galería de espejos ♦

(12) Gianni Vattimo, *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós, 1990, p. 68.

(13) *Ibid.*, p. 69-70.

